

Lara Martínez, Carlos Benjamín

2018 *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango*, El Salvador, Universidad Centroamérica «José Simeón Cañas», Colección Estructuras y Procesos, volumen 50, 536 pp., ISBN 978-999-61-1054-2.

Dr. Luis Rodríguez Castillo

Universidad Nacional Autónoma de México

CIMSUR

Correo-e: lurodri@unam.mx

ORCID: 0000-0002-4887-823X

INTROITO

Emulando al historiador Edward Palmer Thompson en su artículo «Folclor, Antropología e Historia Social» (1997),¹ debo iniciar presentándome ante ustedes como un impostor, pues no puedo comparecer como un especialista en Memoria Histórica, ni en el movimiento campesino y revolucionario salvadoreños, ni en la propia historia de la región de Chalatenango, El Salvador. Pero cierto es que me he visto involucrado de diversas maneras (en mesas de trabajo, como asesor y lector de tesis, etc.) en el conocimiento de las discusiones que se han generado en torno a esa corriente de estudios; por lo que desde esta mirada el lector podrá ponderar mis comentarios y consideraciones en torno a la obra que comento.

Antes de entrar de lleno a hablar de este libro, necesito establecer un marco interpretativo sobre por qué la preponderancia de la Memoria Histórica en la

1 Publicado originalmente en 1976 en el *Indian Historical Review*, number 2, volume 3, pp. 247-266.

contemporaneidad. Veo dicha importancia en la casi simultánea publicación de tres libros sobre ese eje temático. Además del que comento en adelante, el libro de Marta Elena Casaús Arzú *Racismo, genocidio y memoria* publicado en marzo de 2019 por F & G editores en Guatemala y el coordinado por Silvia Soriano Hernández *Guatemala en la memoria*, publicado en México por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

La primera tentación se acerca al marco celebratorio de la conmemoración sobre la firma de los acuerdos de paz de Guatemala y El Salvador como pivote para poner de moda o reposicionar el tema. No obstante, en realidad los tres libros forman parte de un esfuerzo que va más allá de la moda intelectual o de la búsqueda del momento oportuno para generar un *best seller*. El último es producto de un seminario donde se ha venido reflexionado y confeccionado trabajos sobre la memoria histórica, aunque de muy diferente talante. El de Casaús es resultado de su involucramiento en los dictámenes antropológicos para el juicio contra Efraín Ríos Montt y Mauricio Rodríguez Sánchez, por lo que tiene un tinte más político que remarca la división ladino-indígena y la apuesta de la autora por lograr las condiciones por una sociedad «democrática y que respete la pluralidad étnica, de género, etaria y de clase» (de la contraportada).

CONTENIDO DEL LIBRO

El libro *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango* marca importantes diferencias. Se encuentra confeccionado en ocho capítulos, siete ricamente documentados y el capítulo de conclusiones, aunque formalmente dividido en dos partes, afirmo que se trata de tres secciones. La primera de ellas sería, a mi forma de ver,

prólogo, introducción y el capítulo primero, el resto de mis secciones se corresponden a las partes formales del libro.

En la primera sección encuentro que a diferencia de los otros trabajos citados; primero, es producto de una investigación académica que inició en 2003 y tuvo una primera conclusión en 2016 con su presentación como tesis doctoral. Segundo, en los otros dos libros no veo un asomo al marco histórico contextual como nos lo presenta Lara en el primer capítulo. Y, en tercer lugar, a diferencia de los trabajos reunidos por Soriano en los que se hacen densas discusiones sobre la verdad histórica y la validez metodológica de la historia oral y las historias de vida así como las implicaciones éticas, Lara Martínez en su capítulo introductorio nos muestra en unas pocas páginas su marco interpretativo sustentado en cinco densos autores (Halbwachs, Nora, Jelin, Candau, Ricoeur) y, vinculados a ellos, tres con fines principalmente metodológicos (Alejos, Bajtin y Voloshinov) que hace de fácil comprensión para sus lectores qué es la Memoria Histórica como una corriente de investigación científica.

Para abordar la primera parte formal del libro (segunda sección para mí) recurro al poeta tapatío Ricardo Castillo, quién en «La Oruga» (1983) afirma:

Pero cuánto vale lo que estremece tus verdaderos
adentros [...]

Cuánto vale lo nuevo que trae tu impulso de ser hombre

Si la historia resulta ser el producto de preservativos
ingeniosos

y trampas de vacuidad (pp. 39)

El curioso lector del libro de Lara Martínez observará que en sus páginas no encontrará las descripciones románticas del campesinado, ni sus épicos levantamientos

que han generado la imaginación y la imaginería de esos otros que buscan analizar y/o convivir con lo exótico en los espacios más desfavorecidos donde viven los más marginados de los subalternos, en un mundo que ya no sólo se define como global sino dominado por el régimen capitalista neoliberal. Tampoco los grandes mitos sobre el guerrillero, las épicas batallas revolucionarias, el avance del socialismo en el continente americano, ni los que buscan cuál es la fuerza revolucionaria por antonomasia (el proletariado, los intelectuales o el campesinado), ni sobre los curas comunistas como niños que obligaban a las masas ignorantes a aventurarse a la muerte segura de la guerra.

Visiones románticas y mitos que el autor manda al sueño del olvido para permitirnos, durante su recuperación de relatos y sueños, un viaje por los espacios y tiempos de personas reales que ofrecen sus testimonios, su Historia, sobre hechos que presenciaron o de los que fueron protagonistas; que son conocidos dentro y fuera de la región estudiada y muestran en lo que «vale lo que estremece [... sus] verdaderos adentros»; sin que la exclusión de esos otros hechos culturales -visiones románticas y mitos- quiera decir que no existan visiones utópicas. Desde luego que las hay y son abordadas (sin expresamente argumentarlo) al más puro estilo varealino (2005) desde un componente utópico, es decir, no como sinonimia de lo inexistente y, por ello, imposible; sino como el componente ideológico y aspiracional que conduce el comportamiento de lo político.

En ese sentido lo que el lector encontrará son esas narrativas de «lo nuevo que trae tu impulso de ser hombre», los motivos de ser un guerrillero o “enmontañarse” y las de ser auténticos revolucionarios; que en los testimonios recuperados se expresan mejor en términos de una sociedad diferente y constituyó la base de la teoría de la guerrilla latinoamericana del hombre nuevo. Desde luego, son los

discursos de Memoria Histórica los que desde mi punto de vista liberan a los semicampesinos de las «trampas de vacuidad» y, como afirma Fábregas Puig en su prólogo, le dan a la sociedad salvadoreña «una sorprendente capacidad para levantarse frente a la adversidad y construir nuevos enlaces sociales» (pp. 8).

En este sentido, la lectura nos invita a una reflexión crítica sobre que «se inicia la construcción de un nuevo tipo de sociedad y de cultura» (pp. 21) y ubica particularmente en dos momentos: las repoblaciones y los Acuerdos de Paz. Esto desde la etnografía del discurso, en donde se expresan los anhelos de los semicampesinos. En lo personal encuentro dos grandes aspiraciones: lograr justicia y poseer tierras.

Sin duda alguna, las narrativas y rituales analizados nos regresan una imagen de un presente estable y de un futuro previsible. En cambio, se abren allí mismo –en su análisis– senderos que conducen a otros objetos que conservan las huellas de esas memorias e historias. Pregunto, para el dialogo con el autor o para quienes habiendo leído esta reseña y el libro quieran hacerlo, ¿puede construirse un nuevo tipo de sociedad, desde las normas y valoraciones que provienen de la Memoria Histórica como un producto social?

Desde luego, reconocemos a través de Lara Martínez, y aquí un importante aporte a la antropología salvadoreña y centroamericana, que esas interpretaciones ya sean coherentes, divergentes y hasta contrapuestas, son legítimas creaciones de quienes vivieron e hicieron la vida (especialmente los grupos llamados subalternos) de lo que hoy vemos como una región; son instituciones, relatos, ideas que parten de diferentes presentes recorriendo simultáneamente direcciones opuestas en el tiempo, para formar la historia de pueblos cuyos avatares nunca han perdido su imprecisión (campesinos, pequeños

agricultores, semicampesinos que viven influidos por el sistema capitalista mundial, pero que luchan por mantener sus formas de vida cuya lógica principal es la subsistencia), pero que reclaman su lugar en la Historia de la nación.

La lectura de este libro no es, ni será a sus lectores, un desafío pequeño. Afirmo esto porque seguramente sentirán -como me ocurrió- la obstinada fuerza y la tentación de tratar de comprender la crudeza de las situaciones y violencias que se narran. No obstante, en ese mismo factor descubrimos que el autor responde al reto etnográfico de una observación detenida de personas y sus historias. No obstante, dicha observación y recolección de discursos pueden convertirse en revelación de secretos cuya sorpresa no dejará de generar reacciones inesperadas en sus lectores.

No obstante, esa narrativa coherente enfatiza fragmentos o momentos específicos: los motivos y el contexto de la emergencia de la organización, las guindas (la huida) ante la violencia de Estado, el refugio en Honduras, el retorno y los ciclos rituales en las repoblaciones. Desde luego que el autor no pretende seguir los derroteros de la «Historia oficial» de presentarlos de manera secuencial, pero no se trata de eliminar o suplantarla, sino de completarla, corregirla, compensarla. Pienso que tampoco se puede reclamar para estos pasados una unidad que abarque a todos y a todo. Mi lectura me hace pensar que Lara Martínez tiene una aguda conciencia de que el sueño de unidad, tanto de la razón de Estado como de la razón académica o de la Historia científica (que muchas veces actúan en complicidad), también produce monstruos, de una estirpe emparentada con el príncipe de Maquiavelo o el dios mortal de Hobbes, y más cerca de nosotros en el tiempo, con los fundamentalismos religiosos y políticos de todo tipo.

Sin embargo, he de enfatizar que afirmar que no se pretende alcanzar una verdad absoluta no quiere decir que estemos lejos del error. En ese sentido me gustaría conocer los argumentos con relación a mi lectura sobre los discursos en torno al Movimiento Campesino, en tanto lo entendemos desde la teoría como movimiento social. Tengo la impresión que los discursos analizados refieren lo menos a la formación de las expresiones locales y regionales del Movimiento Campesino (UTC, FTC o FECCAS), y más a las condiciones que les compelen a unirse a la organización (clandestina) revolucionaria; algunos de los cuales incluyen una visión no de «sacrificio», uno de los argumentos globales en la interpretación de Lara Martínez, sino que están preñados de «fatalidad»; como último recurso ante la violencia y el terror que infundieron las acciones del ejército y las policías y lo vemos, por ejemplo, cuando se repite un dicho popular/oficial, que si el ejército mató al pastor (Monseñor Romero), que se esperaba para el rebaño (los campesinos).

No es una anomalía que prodigios de fragmentación y multiplicidad como la Coyolxauhqui o Shiva sean mitos irreductibles en alguna de sus identidades de destrucción y regeneración. Por ello, en el universo cultural, la unidad y la convivencia se vuelven posibles a pesar de rupturas permanentes. Y esto último es lo que se esfuerza por demostrar el autor en este apasionante libro particularmente en los capítulos «V visión de totalidad» de la que para mí es la tercera sección y «Capítulo VIII Conclusiones generales».

En efecto, toda esta presentación y preguntas se corresponden a que la primera parte formal del libro titulada «Etnohistoria de Guarjila y San Antonio Los Ranchos», está compuesta por cuatro capítulos que van de la formación del movimiento campesino a la visión de totalidad, pasando por el conflicto, las guindas o la huida, así como por el

retorno a casa o la formación de lo que el autor llama las neocomunidades.

La segunda parte formal del libro intitulada «La memoria histórica como sistema de valores y normas sociales» requiere de una interpelación o requerimiento sobre la transición entre su primera parte y segunda partes. Es decir, cómo se vinculan los discursos que se retoman en la primera parte y representan un conocimiento fragmentado, frente a los métodos estructurales del análisis simbólico al que recurre en la segunda parte y que aportan la visión de una totalidad y *como si*, hubiese normas y valores homogéneos.

En efecto, esta sección corresponde a un análisis estructural del discurso y de los rituales en relación con las masacres y los de repoblación. Aquí me es útil Milan Kundera que en su novela *La lentitud* nos expresa en su particular manera que se acerca a la filosofía sin serlo, que narra e invita a la reflexión, cuándo establece una relación entre la memoria y el olvido como lo que, corresponde a la relación entre la lentitud y la rapidez, pues, «la velocidad es la forma de éxtasis que la revolución técnica ha brindado al hombre» (1996: 10) y por ello conduce al rápido olvido en la época contemporánea.

En dos capítulos de esta segunda parte se presentan un uno de ellos los «diálogos de la memoria» que van desde las hazañas guerrilleras, hasta las nuevas prácticas en el repoblamiento producto de los procesos organizativos durante el refugio, como lo son los trabajos comunitarios, la organización y la educación popular; pasando por las masacres, y narraciones de creencias populares como el nagualismo. Sin el éxtasis de la rapidez, se rememoran hechos del mediano y el largo plazo.

En el otro capítulo, «La dimensión ritual», establece el análisis semiótico de las relaciones causales del tipo expresado por Kundera, muerte es a opresión lo que opresión es a terror y vida es a la libertad lo está es a, y requiere, de sacrificio. Aunque hay un gran contenido religioso en los rituales y en sus respectivas cadenas interpretativas, no deja pasar los significados que se construyen en actividades más mundanas como son los torneos de futbol que se organizan en las conmemoraciones. Y demuestra como el torneo implica competencia por ganar y la convivencia intercomunitaria, lo que es a la reproducción de valores individualistas de la sociedad capitalista contemporánea y a los valores comunitarios de lo que el autor llama un nuevo tipo de sociedad y cultura.

El autor conoce mi principal crítica a su voluminoso libro. En realidad, se trata de dos tipos de análisis que constituyen a mi punto de vista dos libros sobre la memoria; pero entiendo que mantenerlos unidos se trata de la defensa a la perspectiva de totalidad sociocultural. Quizás y solo quizás, y sólo por polemizar se trate de mantener una vieja tesis sobre las sociedades latinoamericanas que no logran del todo alcanzar los valores de la modernidad, la secularización y separación de las esferas de la vida y seguimos manteniendo un «pensamiento salvaje» en el que todo está vinculado con todo.

UNA MIRADA CRÍTICA

Considero que faltó recuperar en los testimonios y en los diálogos de la memoria la correlación del movimiento guerrillero con la teología de la liberación dada la importante presencia del padre Jon Cortina en la región; también sobre el hecho de las interpretaciones en que siempre «violencia» es lo que ejerce el otro y no se discute

con mayor profundidad la violencia y los rituales de terror de la propia guerrilla y los semicampesinos de la región. Aunque el autor reconoce que empiezan a aflorar para su presente etnográfico contradicciones y conflictos en las localidades, una pregunta persistente es por qué insistir en la visión de estabilidad y la pervivencia de una democracia participativa; cuando los mecanismos instituciones establecidos (las ADESCO y la propia municipalidad), son –en el fondo– de carácter delegativos y, representativos; pero no siempre participativos.

La visión dupla de violencia / terror me parece limitada, por lo que invito a una reflexión en torno a cambiarla por una visión trina –conforme a la raigambre martiroológica cristiana– sobre la vinculación violencia / terror / jerarquía o reproducción autoritaria; pues, si hay violencia es porque alguien ejerce el terror; pero si alguien puede ejercer terror es porque vivimos en sociedades sumamente jerárquicas y autoritarias.

Principios y valores que pueden encontrarse y discutirse con los ensayos tanto del antropólogo brasileño Roberto DaMatta (2002) sobre el ritual de jerarquía del «sabe con quién está hablando» y la respuesta que ensayó el politólogo argentino Guillermo O'Donnell (1984) en «**¿Y a mí, qué me importa?**». Aquél, parte de la presunción que la sociedad brasileña es jerárquica y autoritaria, con breves momentos de igualdad (el carnaval); éste pretendía mostrar que la argentina era una sociedad más igualitaria, pero descubre que al «a mi ¿qué me importa?» subyacen estructuras y concepciones jerárquicas.

Cabe destacar que la obra de Lara Martínez, como la de Casaús; si bien tienen como eje de trabajo al «testimonio», carecen de referencia al debate o polémica que se suscitó en torno a la construcción de éste y su veracidad a raíz

del debate que propone David Stoll al develar que el libro de Elizabeth Burgos sobre la vida de la Premio Nobel de la Paz y activista de Derechos Humanos, Rigoberta Menchú, contenía inexactitudes y verdades a medias; incluso, en la propia historia de vida contada por Rigoberta Menchú. Las referencias al debate son múltiples, pero el trabajo más ecuaníme que conozco es el de Kay B. Warren (1999).

En dos de los siete capítulos que integran la obra compilada por Soriano si se hace referencia a este debate, sin embargo, reproducen y argumentan la parte más banal. Retomo el señalamiento de Warren sobre que es el trabajo dedicado a «descalificar a Stoll como si fuera un transgresor con motivaciones ideológicas» (1999: 199) o descalificar la idealización de Burgos sobre la personalidad de Menchú, pero reiterar la existencia de una «comunidad colectiva cohesiva maya» (1999: 203) y, en contraparte, los capítulos de Anelí Villa y el de Ramón Antonio López centran parte de sus esfuerzos en darle legitimidad metodológica y ontológica a los relatos de vida como sustento de verdades históricas.

EXHORTO A LA LECTURA

La obra de Lara Martínez merece ser leída no solo por la riqueza de su documentación de relatos de vida y/o testimonios, sino que, a diferencia de lo expresado en el último párrafo de la sección anterior, el autor no expone densos argumentos de carácter epistemológico y filosóficos sobre las idealizaciones o las preocupaciones éticas. El autor hizo uso de la «etnografía del discurso» lo que implica de entrada el conocimiento y autorización de los semicampesinos sobre grabar sus testimonios, con lo cual hacer investigación desde la perspectiva de la Memoria Histórica no se trata del despojo de una ciencia colonial; al tiempo que a lo largo del libro usa un método

expositivo en el que reproduce los diálogos de la memoria seguidos de su interpretación, por lo que no renuncia a la autoridad epistémica del antropólogo que construye una interpretación como un todo coherente y una totalidad sociocultural desde el presente.

A diferencia de las otras obras, Lara Martínez expone clara y brevemente el marco teórico de entendimiento sobre que es Memoria Histórica en la que de entrada se reconoce que los actores sociales se mueven en la dialéctica del olvido y la memoria, en los recuerdos y omisiones selectivas. En ese sentido, hay un objetivo claro: documentar y analizar -tanto en forma como en contenido- la pluralidad de discursos sobre la Historia o si se prefiere las múltiples historias de los semicampesinos del Oriente de Chalatenango.

Entonces, resulta claro que no está en la búsqueda de la verdad en un contexto de participación y violencia política, tampoco de la verdad histórica sobre masacres y otras experiencias límite; sino -justamente- dar cuenta de la diversidad de interpretaciones que, al final permiten comprender los deseos y aspiraciones de construir nuevas relaciones en las neocomunidades.

Es de felicitar a Carlos Benjamín Lara Martínez por este libro que dirige nuestra atención, a través de la suya que es atenta y en ciertos momentos reiterativa, sobre hechos pasados que son bien conocidos, pero se han conducido al engañoso camino del mito popular (como el evento del niño lanzado al aire y recibido con la cimitarra); mientras que con seguridad su trabajo coadyuvará a que los semicampesinos del Oriente de Chalatenango logren conquistar su lugar en la Historia nacional de El Salvador.

Por último, exhorto a la lectura de *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango* por permitirnos entrever esas historias de los hechos que no solo han

servido para modificar el presente de los semicampesinos del Oriente de Chalatenango; sino que son memorias para combatir la vacuidad y el olvido de los que nos hablan en sus propios lenguajes y discursos Ricardo Castillo y Milan Kundera. En fin, la Memoria Histórica en el caso del Oriente de Chalatenango sirve para aportar algo al futuro: concepciones y valoraciones de que es posible la construcción de un nuevo tipo de sociedad y cultura.

FUENTES CONSULTADAS

Casaús Arzú, Marta Elena

2019 *Racismo, genocidio y memoria*, Guatemala, F & G editores, 276 pp.

Castillo, Ricardo

1980, *El pobrecito señor X. La oruga*, México, Fondo de Cultura Económica, colección Letras Mexicanas, 62 pp.

DaMatta Roberto

2002 «IV. ¿sabe con quién está hablando? Un ensayo sobre la diferencia entre individuo y persona en Brasil», en *Carnavales, malandros y héroes Hacia una sociología del dilema brasileño*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección de Obras de Sociología, pp.185-254.

Guillermo O'Donnell

1984 **¿Y a mí, qué me importa?: notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil**, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 47 pp.

Soriano Hernández, Silvia (coordinadora)

2018 *Guatemala en la memoria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 273 pp.

Thompson, Edward P.

1997 «Folclor, antropología e historia social» en *Historia Social y Antropología*, San Juan Mixcoac, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Colección Cuadernos Secuencia, pp. 55–82.

Varela, Roberto

2005 *Cultura y poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, México, Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Colección Autores, Textos y Temas, Serie Antropología No. 40, 175 pp.

Warren, Kay B.

1999 «Decir verdades: tomando en serio a David Stoll y al *exposé* sobre Rigoberta Menchú» en *Debate Feminista*, volumen 20, octubre 1999, pp. 198-218, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.